

# De Bernal Díaz a Rubén Darío

Por

MIGUEL MEJIA DUTARY

Uno de los más importantes y hermosos hechos históricos que puedan examinarse es el que constituye los esfuerzos de los escritores de América para brindar una manifestación plena de su vario y dilatado mundo a través de cuatro siglos.

No tengo la pretensión del rastrear a lo largo de tan extenso período la elevación de la expresión literaria de América y su grado de fidelidad y eficacia. Pero sí decir lo indispensable para insertar el modernismo en el proceso, medirle su porción de responsabilidad y de lealtad en la conquista de nuestra expresión.

El testimonio de la literatura americana hay que admitirlo en una doble vertiente como cuestión de necesidad y como cuestión de voluntad. Y siempre en el fondo de ambas cuestiones, estará palpitando la menor o mayor distancia de los autores al entendimiento y a la interpretación de nuestras realidades.

Desde el instante del descubrimiento, en la obra de los cronistas que recogieron la experiencia de este amanecer histórico, lo americano se muestra como un hecho, como una necesidad que determina una postura nueva.

Una ancha avenida de literatura americana de segura valía como testimonio, aunque no alcance la altura de la peninsular como labor creadora, corre desde el **Diario** de Colón a la **Alocución** de don Andrés Bello. Un mundo nuevo y maravilloso contemplado por un grupo de hom-

bres hechos en una tradición cultural poderosa y dueña de un instrumento eficaz tenía que producir una obra históricamente importante. Es incuestionable que América inspira desde sus días coloniales a escritores destacados. Después del caso ilustre de Ercilla se puede señalar con orgullo la lírica de Valbuena, la impresionante integración de los "Comentarios Reales", la fuerza americana de algunos momentos de Pedro de Oña y el **milagro** de Sor Juan Inés. Pero esta literatura colonial se tiene como porción de la española, como es parte de España la tierra que la produce. España y sus colonias americanas son partes de un cuerpo colosal. Los escritores van y vienen por los ámbitos de este mundo como viajeros de los mismos caminos. Escritores de mucha monta en la literatura peninsular como Tirso y Mateo Alemán, vienen a América y autores americanos como Alarcón producen en la metrópoli o como el Inca Garcilaso se funden definitivamente a la vida peninsular. Todas se sienten partícipes de una sola y misma obra. Todos se sienten responsables de un común destino de cultura.

No obstante la verdad incontrovertible de las anteriores afirmaciones, esta producción colonial es distinta a la peninsular en sus obras cumbres; en otras palabras es literatura americana. No importa el lugar de nacimiento del autor; la realidad americana se impone lo mismo. Estas regiones nuevas dan a los escritores que pasan a tierras de reciente conquista imágenes y colores, y quizá entre todos no haya ejemplo más alto que el de Bernardo de Valbuena, de quien Menéndez y Pelayo afirma "que hasta por las cualidades más características de su estilo es, en rigor, el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza".

Si la literatura de este lado de América no produce obras de similar excelencia y volumen al de la peninsular a pesar de que el florecimiento de la literatura española se produce simultáneamente a la integración del

mundo colonial americano y pasan a ese mundo hombres de comparable formación a la de los más altos creadores de España se debe a las razones aducidas por Pedro Henríquez Ureña en su enjundioso libro "Las Corrientes Literarias en la América Hispana," pero sobre todo al carácter que la conquista y la colonización imprimen a la vida de América. El poder español se asentó en estas tierras por la fuerza y en virtud de una ocupación militar, con lo que el mundo que quedaba bajo su voluntad no se tenía como objeto de superación, sino de aprovechamiento. Este mundo tuvo que responder a su nacimiento y naturaleza. Era un mundo supeditado a otro, en otros términos un mundo colonial. Ello colocaba la importancia esencial de la vida social en una explotación genérica, en el sometimiento global de todo un continente a las conveniencias de una metrópoli lejana.

Quizá ningún momento histórico prueba mejor que el caso americano que la excelencia y singularidad de la producción literaria, como conjunto, se acendra en el ímpetu de justicia colectiva. Para que este ímpetu cree una literatura superior es necesario que cuente con fundamento considerable y una firme claridad de propósito. Cuando concurren ambas cosas la literatura adquiere de inmediato fuerza y elevación. Por únicos que fueran los ingenios de los tres primeros siglos coloniales su producción no respondía a un impulso engendrado por ellos mismos, no se basaba en sentimientos colectivos ni era proyección directa de ellos.

Tan pronto se dieron las dos cosas, se inició una obra literaria americana de alta calidad no solo por lo ilustre de sus cultivadores sino por el sentido nacional que la trascendía y no hay que olvidar que en las personalidades primordiales que comienzan esta peculiar etapa se aglutinan las características de libertadores políticos y libertadores literarios.

Descontados casos aislados como el del centro-americano José Cecilio del Valle, son las tierras del sur las que

presentan los primeros intentos persistentes de emancipación literaria. Esta empresa la lleva a cabo el romanticismo y es en el sur donde el movimiento innovador alcanza sus triunfos firmes y de valor con Esteban Echeverría, que escribe, dos años antes que Angel Saavedra, el primer libro romántico de América.

Es cierto que don Andrés Bello es el primero que lanza el primer grito de independencia literaria:

Divina poesía  
tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
que tu nativa rustiquez desama,  
y dirijas el vuelo a donde te abre  
el mundo de Colón su grande escena.

Pero sin negar que Bello se identifica con los primeros románticos en cuanto a la declamación entusiasta y el amor a lo propio, nadie duda que si es el primero en indicar la necesaria autonomía, no llega a ser, como sus contemporáneos románticos, el más caracterizado ejemplo de predicación.

Pero sin negar que Bello se identifica con los primeros románticos en cuanto a la declamación entusiasta y el amor a lo propio, nadie duda que si es el primero en indicar la necesaria autonomía, no llega a ser, como sus contemporáneos románticos, el más caracterizado ejemplo de predicación.

De hecho el romanticismo no tiene el mismo sentido ni los mismos caracteres en los distintos países; por eso se manifiestan en un entrecruzamiento los impulsos progresistas y los de retraso. La acometida renovadora que embiste contra la norma clásica quiere ensanchar el campo de la libertad y de la igualdad humanas. La mirada hacia el pasado se junta a concepciones teológicas y a añoranzas medievales inconfundiblemente reaccionarias. Un movimiento de tal naturaleza tiende a ejercer varia influencia según la realidad social del grupo humano que la recibe. Donde brille una honda disconformidad colec-

tiva su contenido revolucionario se acrecienta, alcanzando fervoroso acogimiento. Es lo que sucede en estos pueblos de América; las circunstancias que vivían propiciaban el enrolamiento en las nuevas banderas.

Derrotados los opresores políticos, los escritores sentían la necesidad y el deseo de derrotar a los opresores literarios. Echeverría declaraba: "El espíritu del siglo lleva hoy a las naciones a emanciparse, a gozar de independencia no sólo política, sino filosófica y literaria". Por eso los revolucionarios del campo de las letras entendieron el romanticismo como un gran impulso inseparable de la liberación americana, como un fuerte elemento civilizador, determinante de la victoria sobre la metrópoli. Como en múltiples ocasiones en la historia, una gran aspiración colectiva encauzada a través de una corriente oportuna iba a cuajar en una gran literatura. Y esto explica que el movimiento romántico esté tan ahincado en el espíritu de los escritores americanos que su modalidad llega a supervivir cuando ya en otras latitudes no pasa de ser un recuerdo más o menos prestigioso. Es evidente que en este romanticismo trasnochado es frecuente lo deleznable y la reiteración yerma. No obstante estos reparos al ímpetu romántico debemos un caro servicio tanto en lo político como en lo cultural. "El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica". Y de eso se trataba entonces: de alcanzar la expresión propia.

La naturaleza de las relaciones entre el impulso de liberación política y el de liberación literaria en los pueblos del sur tienen que ver con el advenimiento de una producción adherida en los anhelos colectivos.

Enrolados en la "religión de los nuevos destinos" los escritores trasuntan sobre su obra el ímpetu libertador. Si han de ser ellos mismos han de producir en sus escritos una nota particular, justificadora de la insurgencia en el campo intelectual. Mientras dura la lucha armada

no puede haber avidez de originalidad ya que la escritura vive para la acción. Lograda la independencia política, el escritor se ve compelido a ofrecer su aporte de novedad en la tarea de crear un mundo nuevo. Es la hora de la búsqueda apasionada y de la candente polémica para encontrar los mejores rumbos. La destreza se ha adquirido en la tradición hispánica; la formación se ha dado por siglos para mantener, con el poder político, la adhesión a las normas de la Península. Este mundo pesa mucho y hay que cambiarlo. Ante los escritores de la época se abren problemas muy complejos, pero todos parten y reiteran una y otra vez el empeño de brindar una manera propia, digna de las naciones libertadas.

Aquellos hombres, tenaces, nos dejaron para siempre la lección de legítimo acogimiento a la cultura heredada y el ansia por llegar a lo americano. El difícil equilibrio entre la sapiencia y la originalidad orientó hacia una meta feliz el proceso intelectual americano. Y a pesar de los vaivenes de nuestra azarosa vida republicana durante el siglo XIX el escritor fue, con admirable persistencia y varia fortuna, leal a su destino de intérprete, servidor y exaltador de su circunstancia.

El hecho de que la independencia literaria de la América española se procurara como una consecuencia inmediata de su emancipación política e irrumpiera por senderos románticos, contribuyó notablemente a su autenticidad, su hondura y a su unidad. Los primeros autores que se dedican a la tarea de nuestra liberación literaria parten de que, lograda la separación de España, correspondía a proceder a la disyunción cultural. Y la libertad política había sido esfuerzo de muchos países, y no de una patria determinada. Desde el comienzo los libertadores políticos hablan por toda la América, a pesar de que su labor es darle independencia a la propia nación. Los emancipadores de las letras proceden en igual sentido. La primera revista en que don Andrés Bello ofrece, desde Londres, información universal a sus "paisanos los

habitantes de Hispanoamérica" se llama **La Biblioteca Americana** a la que sigue el **Repertorio Americano**. Esta concepción continental del quehacer político tanto como del literario señalará un futuro de fecundidad no presentado. Pero la aceptación de que la América española posee una unidad histórica y lingüística que es indispensable mantener y perfeccionar, no adquirió, en los fundadores de nuestra autonomía literaria, una significación genérica y difusa que hubiera conducido, de haber predominado, a debilitar la raíz en el propósito de cubrir excesivo terreno. Precisamente en el americanismo de los hombres que cultivaron las letras de inmediato efectuada nuestra respiración de España, está el principio de un genuino nacionalismo. América se entendió como una entidad física y moral, pero al mismo tiempo, como integración de realidades nacionales con singularidades muy destacadas.

Fue circunstancia afortunada que nuestra lucha de independencia literaria surgiera con esta doble perspectiva, lo que en gran medida la alejó, desde un comienzo, del localismo costumbrista, peligro que acecha ávidamente a todos los nacionalismos artísticos, tanto como de un americanismo retórico e insincero. Los que se sentían con hondura y franqueza, libertadores de un mundo de cultura, no podían dar ejemplo de visión mezquina ni tampoco de desestimación de lo cercano.

Queda por señalar elemento de mucha cuenta que razona los comienzos de nuestra independencia literaria: el afán de universalidad que ha sido en lo medular una constante de la literatura americana desde los días coloniales hasta el presente. Esa permeabilidad, ese ansia de mirar hacia todas las cumbres, no importa su distancia, viene de más de una razón. Basta indicar sólo el hecho de que el proceso de emancipación americana fue un ímpetu por desasir las amarras peninsulares no sólo por opresoras, sino por regresivas. La Península es para los libertadores culturales como lo había sido para los liber-

tadores políticos una realidad retrasada como irredimible. Si ella no puede brindar oportunidades superadoras, hay que dirigir la vista hacia otros núcleos de cultura. Y un vehemente deseo de emular realidades de mayor progreso, y más libertad movió a todos los espíritus. Si Bolívar había buscado inspiración en Francia e Inglaterra en su intento de reestructuración americana, Bello buscó a Londres, Echeverría a Francia y Sarmiento y Lastarria a los Estados Unidos.

Igualmente hay que declarar que en lo íntimo de la primera rebeldía literaria vive una inclinación popular vigorosa. En ello cooperan eficazmente la fuerza política, el espíritu romántico dominante y el sentido ético que nace de toda obra genuina de liberación humana. La separación de España se había alcanzado por la lucha de las masas, por el heroísmo anónimo de indios y criollos del pueblo, los que habían de ser en el nuevo estado de cosas, sujetos de derecho y usufructuarios de la justicia lograda con su esfuerzo.

Una literatura que respondiese al más amplio movimiento de redención vivido por América no podía renunciar a continuar la gran tarea de universal mejoramiento que habían querido producir los libertadores de la espada. El pueblo debía estar en la literatura.

A este popularismo hay que darle todo su valor. No porque España hubiera rendido sus armas al golpe de una revolución de propósitos igualadores, el quehacer literario se tenía por tarea de todos y para todos. Lo minúsculo de los grupos de hombres de letras durante la colonia había creado el concepto aristocrático de la cultura, difícil de suprimir en pocos días. El escritor, con escasas excepciones, había sido clérigo o señor y se juzgaba ser extraordinario y distante. Que la literatura fuese para el pueblo era cosa que estaba en la médula del credo democrático libertador; que el pueblo inspirase al escritor ya no se comprendía con tanta claridad. Sólo hombres como

Lastarria tuvieron valor para la proclamación corajuda: "Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutileza. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor pues, no de los procedimientos del arte, sí de su efectos".

En síntesis la renovación literaria de nuestra América no pudo iniciarse bajo mejores auspicios. Una mirada superficial al proceso que entonces comienza podría llevar a falsos criterios. Pero si se examinan los males que intentaron corregir, lo extenso del mundo hispanoamericano y los sedimentos feudales y caudillistas que creó la colonia y que la independencia no pudo abolir, había que aceptar que en al avance doloroso de nuestras patrias tiene mucha parte la postura y la actividad de los escritores que se plantearon la labor literaria, desde un comienzo, como un gran servicio de superación colectiva.

La cuestión de la lengua se presenta a los innovadores desde los primeros empeños de liberación literaria.

Los reformadores del período de independencia hacían frente a un problema que ha venido hostilizando el camino de las letras en América a lo largo de todo el trayecto. La excelencia expresiva de los escritores americanos no nacía de un esplendor arraigado en secular torrente popular y nacional que hubiera dado origen a una lengua ennoblecida desde dentro a través del desarrollo de un genio propio. Nuestros pueblos no han gozado de esa coyuntura unificadora y fecundante. Lo que denominamos literatura americana es lo escrito en castellano desde el descubrimiento hasta el momento actual, y por debajo de esa producción no hemos tenido, sustentándola y levantándola con sus jugos las grandes masas que le dieran, con la integración de una lengua nacida de sus entrañas, crecimiento y condición en un vigoroso laboreo interior.

Una tenue extranjería ha venido, entre nosotros, perturbando la vía de la creación. Sólo las poderosas fuerzas de nuestros escritores ha podido salvar esta resquebrajadura íntima. Bien lo ha declarado Gabriela Mistral con palabras que han hecho época: "En nuestros pueblos mestizos donde el negocio de la lengua corrió durante tres siglos a cargo de la población blanca que forma la clase burguesa, la lengua popular que en algunos aspectos se insinúa también lo familiar, ha estado ausente, porque la masa mestiza o india hablaba o bien dialectos indígenas o bien el español primario que dieron las conquistas"... Ocurría además que la maestría seguía alcanzando por asiduo trato de los autores magnos del período clásico español. No había modelos americanos, sino que la prosa se abrevaba en Cervantes o Fray Antonio de Guevara y la poesía en Garcilaso, Fray Luis o Quevedo.

Este problema del idioma, que tanto ha contado, implícita u ostensiblemente, en toda la vida de las letras hispanoamericanas, presenta en su reconditez posibilidades de fidelidad y de evasión, de realidad y de irrealidad, de presencia y de deserción. La contradicción ha estado en todo momento a punto de deslizarse por dos costados igualmente censurables: por el apego estéril a las formas venerables y por la aceptación de corrientes extrañas y deformadas. Quienes en América hayan tomado el camino de la imitación externa, literal de las formas sacramentadas de las letras españolas, han pecado gravemente contra nuestra libertad. Quienes hayan transitado por el sendero de la resonancia exótica, con desprecio de la tradición viva y fecunda, han pecado contra nuestra autenticidad.

Ha sido preocupación de todas nuestras personalidades señeras el uso adecuado de la lengua, conscientes de que importa el acierto o error en este terreno. Lugar común es citar la polémica de Bello y Sarmiento sobre este delicado asunto, en que el último defendía frente a los reparos classicistas y aristocráticos de don Andrés, una

lengua libre, fluyente, enriquecida por las múltiples contribuciones populares. Razonable con su formación romántica Sarmiento considera que la soberanía del idioma es consecuencia de la soberanía del pueblo y que es el pueblo el que debe dictar al escritor su camino lingüístico. Bello, de quien no se puede olvidar su papel de renovador y su eximia labor de cultura, mantuvo la fuerza de la expresión sin continuaciones populares e hizo guerra contra los que proclamaban "la libertad románticolicenciosa del lenguaje" y contra los que "por prurito de novedad o por eximirse del trabajo de estudiar la lengua quisieran hablar o escribir a su discreción".

No se puede medir la marcha ininterrumpida del espíritu creador. Pero es indudable que hacia mediados del siglo pasado, tangibles ya los frutos de los primeros movimientos sociales de hondura histórica, la literatura americana cobra una vida nueva. Ha madurado y adquirido consistencia y originalidad. Es patente la evidencia de una superior jerarquía en nuestra cultura. Se han efectuado transformaciones notables; las obras se multiplican prodigiosamente y por todas partes se señala la adultez promisoría. Pero las líneas fundamentales, matrices, se conservan las mismas.

Aunque no faltan en este lapso de florecimiento y afirmación quienes tratan de torcer con sus calcos yertos de lo español o empeñados en el injerto violento de lo inasimilable, lo dominante es la obra arraigada en lo americano muy penetrada de nuestras necesidades y apetencias, interpretadora de nuestras maneras peculiares, transida de aires universales y atenta al equilibrio entre la tradición impulsora y la novedad genuina. La huella vigorosa de lo popular con características épicas tan visible en el "Facundo" de Sarmiento, permanece y se extiende en el "Martín Fierro" hasta llegar a "Tabaré". Las últimas y mejores novelas románticas como "María" de Isaacs y "Cumandá" de Juan León Mera se cruzan con los primeros atisbos del relato realista.

**Aquel estado tan singular de los fundadores de ser simultáneamente pensadores y realizadores, artistas y próceres que con tanta propiedad perfilan a Bello y a Sarmiento, o Echeverría y Lastarria, a del Valle y Alberdi, no sólo se mantiene sino que se acentúa y eleva, dando signos de renovada calidad y creciente eficacia.**

En este momento, más que en el inicial, el hombre de letras es luchador político. Un más seguro rigor de pensamiento, una información más completa y exacta y un auditorio numeroso hacen de algunos escritores de este período adocrinadores aceptados en más de una nación del continente. Casi todos son ricos de vida y obra. No siempre le asisten las gracias líricas. Por lo general son más pensadores que artistas, aunque a ninguno le falta un cabal conocimiento del quehacer literario. Distintos y semejantes forman un conjunto brillante y respetable. Forman en este sobresaliente grupo don Juan Montalvo todo maestría; González Prada, todo encendido en fuego proteico; Eugenio María de Hostos, apasionado, orientador y especulativo, Justo Sierra, ejemplo del escritor dado a la tarea civil; Cecilio Acosta, la sabiduría austera y generosa.

Lo singular y extraordinario es que todos estos escritores-ciudadanos **no sólo son paradigmas, lo mismo en las letras como en lo cívico, sino que preparan el engaste para la creación de nuestro tiempo y del tiempo futuro. Esto se debe a su fidelidad a las normas básicas. Han expresado lo nacional en sus obras con generosidad y honra. El celo por el pueblo toma en estos hombres ejemplares consistencia, claridad y sentido realista. El americanismo de los orígenes se ha hecho servicio y firme defensa. Esta tenaz preocupación por sus respectivas comunidades no ha obstruido una verdadera universalidad que dio a la cultura americana de su tiempo soltura y arranque que la distinguieron de las culturas europeas contemporáneas. Y en fin la lengua es en ellos brega y conquista consuetudinarias, experiencia de sus orígenes y de sus logros his-**

tóricos, contrastación incesante de sus enriquecimientos legítimos y diario ejercicio vitalizador.

Al llegar las últimas décadas del siglo XIX se anuncian signos diferentes. Las características señaladas como constantes en la literatura americana empiezan a debilitarse y a contradecirse. Se inicia un período complejo de literatura **pura** en que la nota distintiva consiste en un desasimiento de la realidad. Es el Modernismo.

Hay que considerar este movimiento como expresión de un fenómeno universal que tiene en la América Española rasgos específicos. Sólo desde este ángulo es posible comprender lo que el Modernismo representa.

El hecho de que la América Española hubiera progresado satisfactoriamente por la adecuada vía de la norma realista no podía dar por sentado que nuestras letras habían alcanzado una autonomía tal que las pusiera a cubierto de movimientos que por universales, habían de irrumpir estas latitudes. Por muy recia americanidad que ostentaran eran el producto de una cultura matriz que no había nacido en este continente y no podía quedar al margen de las transformaciones y direcciones que en Europa surgiesen.

Superando fuertes obstáculos, la América Española desarrolla una economía que la ponen en comunicación asidua e intensa con los centros europeos de más penetrante cultura. Las generaciones que arriban a la conciencia artística se alimentan de la ansiedad universal. Las ubres españolas están exhaustas. En la lírica, el mensaje peninsular se ha empequeñecido y se ha hecho reiterativo en combinaciones estróficas y métricas manoseadas. La voz diáfana de Bécquer se ha perdido en imitadores sin inspiración y reinan la declamación acicalada de Núñez de Arce y el ingenio casero de Campoamor. Tienta lo francés por el idioma asequible y por el prestigio de sus poetas. Hacia Francia miran los mejor dotados.

La nueva corriente contradice las firmes direcciones

que hasta ese momento habían orientado la literatura nuestra. Si lo americano se asoma a sus obras no será la esperanza que se eleva ante sus ojos, sino un pasado que, por serlo, puede ya contemplarse como una preciosa lejanía. En cuanto a la substancia nacional tan apretada hasta entonces, ya se sabe hasta donde se diluye. Y el popularismo de vena épica que colocara a América en el umbral de una magna literatura sufre un indefinido oscurecimiento.

El hecho cierto es que este cambio se produce porque la adscripción a una postura que pone el acento en la asimilación de una maestría lejana así lo determina. Es cosa sabida que tan pronto el escritor sitúa a su posibilidad de acierto en el hallazgo formal o en el matiz recóndito se debilita y se desnuda su contacto con la tierra. Es la consecuencia de una posición estética que colora la gestión del escritor y del hombre. Los cultores del modernismo traducen sus sensaciones y conflictos de modo abstracto porque así lo ordena una manera imperiosa de la poesía francesa del tiempo. En la misma forma y por iguales razones no ponen su inspiración en la realidad circundante, sino que la arraigan, como sus modelos, en mundos estructurados por su cuenta y riesgo.

No se trata de que los poetas sean por fuerza militantes políticos. Un escritor puede ser agitador partidario si hay para ello coyuntura y disposición; pero lo lamentable es que base su trabajo y ponga su propósito en un aislamiento consciente y voluntario del medio que lo sustenta.

Si el escritor tiene un deber humano irrenunciable, las condiciones dominantes en su mundo han de determinar concretamente la índole y el tono de su actividad creadora. Las circunstancias de América exigen a sus hombres de letras una radical identificación con su pueblo. Ya Alfonso Reyes después de considerar las ventajas e inconvenientes que supone la lealtad social del escritor americano declara: "... entre nosotros no hay, no

puede haber torres de marfil. Esta nueva disyuntiva de ventajas y desventajas admite también una síntesis, un equilibrio que se resuelve en una peculiar manera de entender el trabajo intelectual como servicio público y como deber civilizador”.

Tras el anterior asedio a la creación en la literatura americana, queda como incuestionable que el espíritu nutricio de ella ha constituido la lealtad a las inquietudes, propósitos y esperanzas comunes al continente. Tal aserto queda resumido en las palabras de Rodó: “solo han sido grandes en América aquéllos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento americano”.

Desde los momentos iniciales fue claro para los escritores de América que nuestro mundo había de expresarse por los cauces de la cultura europea pero que únicamente interpretando con fidelidad su avasalladora realidad podía adelantarse en su descubrimiento. La lealtad a un medio de múltiple novedad en lo físico y en la peripécia humana de acomodación y dominio, ha venido definiendo una obra de firme sentido histórico. El escritor americano ha tenido por delante una recia disyuntiva: o la sujeción a una literatura ajena y rica en logros y sugerencias o la comprometida libertad de manifestar en su obra la vida tumultuosa, contradictoria y bronca de su extenso escenario. La captación y la comprensión literaria de la realidad inmediata ha sido para el escritor de nuestra América, más que para su colega de otras latitudes, servidumbre y grandeza, necesidad y deber. O se entregaba a la faena de dar lo cercano, corriendo los peligros que toda revelación comporta o quedaba extraño a su destino sobrenadando en aguas exóticas. Los más robustos y valerosos optaron por la primera postura del dilema. Mucho de lo que hoy se hace y es posible hacer, viene de esta decisión. Y a ella se deberá que la obra de arte americana valga mañana por la calidad toda potencia que parte de los caminos cercanos, que invitan al viaje mientras sustentan nuestros pasos.